

Un gran mérito olvidado

AL cumplirse un decenio del actual Gobierno, la crisis que afrontamos suele nublar una visión equilibrada y justa de dicho período. Porque por delicada que sea la actual coyuntura, nadie puede objetivamente desconocer los macizos logros obtenidos durante la década, en múltiples terrenos.

Aún así, no es la intención de estas líneas intentar una reseña pormenorizada de ellos. Me interesa más bien subrayar uno solo que, en la generalidad de los recuentos, aparece inexplicablemente olvidado o disminuido.

Durante el decenio 1973-1983 Chile se ha visto al borde de dos guerras. Tan dramático como eso.

La primera fue con Perú, en los inicios del régimen militar chileno, cuando el gobierno populista-socialista del general Velasco Alvarado estuvo muy próximo a consumir una acariciada ambición suya de invadir el norte de nuestra Patria. La segunda en 1978, cuando sólo faltaron horas para que se iniciara la agresión de Argentina en contra nuestra, a raíz del diferendo austral entre nuestros países, agravado desde que las autoridades trasandinas desconocieron el laudo arbitral a cuyo acatamiento estaban jurídica y moralmente obligadas.

Es cierto que en ambos casos concurrieron importantes factores ajenos para contribuir a evitar la confrontación. El derrocamiento de Velasco Alvarado por Morales Bermúdez en el Perú y la decisión del Papa Juan Pablo II al ofrecerse como Mediador en nuestro diferendo con Argentina, resultaron claves al efecto.

Pero sería imposible no convenir en que la conducta inteligente, serena y atinada del Gobierno chileno fue asimismo decisiva para impedir la guerra en las dos circunstancias.

BIEN sabemos que las confrontaciones bélicas se producen habitualmente por la escalada con que una provocación genera su réplica hasta encender la hoguera. Chile, en cambio, actuó en ambos casos con admirable eficacia para adoptar todas las providencias militares exigidas por las amenazas, pero sin

“Haberle evitado a Chile dos inminentes guerras con países limítrofes debiera merecer la explícita gratitud de todo chileno hacia el Presidente Pinochet, en el balance del decenio...”



jamás ofrecer el menor pretexto que oscureciese nuestro nítido carácter de eventual agredido en las dos emergencias. Y, por lo mismo, la agresión se dificultó hasta no llegar a consumarse.

¿No es acaso verdad que si hubiésemos debido padecer los horrores de perder a jóvenes familiares nuestros en los frentes de batalla, y de ver destruidas muchas de nuestras fuentes productivas, de energía y abastecimiento, los rigores de la crisis económica que hoy sufrimos nos parecerían incomparablemente menos duros

y más remontables respecto a cómo los vemos en la actualidad?

El trauma de la guerra de las Malvinas, entre países separados por un océano, constituye una pálida sombra de lo que además serían las secuelas de odios y tensiones que por décadas dejan las guerras entre países limítrofes, donde los pueblos enteros se ven directamente involucrados.

PUES bien. A la hora de juzgar los aciertos y los yerros del actual Gobierno durante una década, ningún chileno podría sustraerse a su compromiso de gratitud hacia él por este concepto. Y tratándose de semejante materia, el mérito personal del Presidente de la República emerge incuestionable.

Cuando los dirigentes opositores se ensañan en el ataque personalizado en su contra, cuando un dirigente sindical ha pretendido descalificarlo con una torpe injuria, creo de justicia representarles a esas personas que si el haber encabezado al Ejército para liberar a Chile del comunismo no es suficiente motivo de algún sentimiento de gratitud de ellos hacia el Presidente Pinochet, al menos sí debiera serlo este otro. El haber conducido al país evitándole dos inminentes guerras con naciones limítrofes, sin ceder un milímetro de nuestro territorio, merece el explícito reconocimiento de todo chileno en el balance de este decenio gubernativo.